

La Semana Santa

MIERCOLES

Con gran brillantez y lucimiento, hicieron estación las cofradías de anoche

HERMANDAD DE NUESTRO PADRE JESUS DE LA HUMILDAD DESPRECIADO DE HERODES Y MARIA SANTISIMA DE LA VICTORIA

Anoche a las ocho y media estación de penitencia la nueva Hermandad de Nuestro Padre Jesús de la Humildad despreciado de Herodes y María Santísima de la Victoria, establecida canónicamente en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús (Polvorín).

La salida de la Cofradía que este año consta de un solo paso, fué presenciada por la mayoría de los vecinos de aquella populosa barriada.

La procesión se organizó de la siguiente forma:

Abría marcha una escuadra de gaiteros, Banda de cornetas y tambores y piquete de fuerzas del Frente de Juventudes; Cruz de guía y dos largas filas de nazarenos con cirios encendidos.

A continuación aparecía el paso de la Santísima Virgen de la Victoria bajo rico palió azul, varales y respalderos de plata y caídas de terciopelo negro.

La bellísima imagen lucía manto negro bordado en oro y preciosas alhajas completando el exorno profusión de velas encendidas y jarras de plata con flores.

Daban escolta al paso cuatro cadetes con armamentos de la ciudad. Organización a los órdenes de un cabo.

En la presidencia figuraban representantes civiles, militares, jerarquías del Movimiento y directivos de la Hermandad.

Detrás marchaban muchas señoras y señoritas y cerrando marcha la Banda

de Música del Frente de Juventudes que acompañó a la procesión hasta Velódromo, incorporándose la Banda Municipal.

Numerosísimo público acompañó el paso de la Santísima Virgen hasta la estación cuyo desfilé por el itinerario señalado fué lucidísimo, reintegrándose la parroquia después de las once de la noche dentro del más perfecto orden.

ILUSTRE HERMANDAD DEL SANTISIMO CRISTO DE LA EXPIRACION, NUESTRA SEÑORA DEL MAYOR DOLOR Y MARIA SANTISIMA DE LA ESPERANZA

A las nueve en punto de la noche hizo su salida de la iglesia de San Francisco la popular e Ilustre Hermandad del Santísimo Cristo de la Expiración, Nuestra Señora del Mayor Dolor y María Santísima de la Esperanza.

Los alrededores del templo se vieron invadidos por un público numerosísimo desde mucho antes de la hora indicada que acogió la salida de la Cofradía con gran fervor religioso.

Abría marcha una sección de la Policía Municipal a caballo; seguía la Banda de cornetas y tambores del Frente de Juventudes, sección de Flechas Navales; la Cruz de guía de plata de gran valor artístico y dos largas filas de nazarenos con cirios.

Después aparecía el paso del Santísimo Cristo de la Expiración en la Cruz Nuestra Señora del Mayor Dolor, San Juan Evangelista y María Magdalena.

El paso es dorado de estílo barroco y la canastilla color caoba con cuatro magníficos candelabros dorados con sellos, ricos jarras de plata y profusión de flores.

El Santísimo Cristo estrenaba unas cas potenciales de plata regalo de su hermano Mayor señor Vázquez Martín y San Juan una diadema del mismo metal, ofrenda del tesorero señor López García, ofreciendo el conjunto un aspecto vistosísimo.

Daban escolta al paso del Señor castaños de Flechas Navales con armamentos de plata.

Seguían después otras dos largas filas de nazarenos con una nutrida representación de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús de las Cadenas y María Santísima de los Dolores.

A continuación iba el paso de María Santísima de la Esperanza bajo rico palió imagen de gran belleza obra de escultor señor Gómez del Castillo, luciendo rica candelaria, varales respalderos y jarras de plata. La Santísima Virgen lucía un rico manto de terciopelo morado y caídas de una mantilla dorada. Completaban el exorno del paso profusión de flores blancas mereciendo los mayores elogios su aspecto bellísimo.

Delante del paso figuraban en la presidencia oficial el Excmo. Sr. Gobernador Civil y Consejero Nacional camará la Joaquín Miranda; Excmo Sr. Gobernador Militar de la Plaza oronel señor Jerra de Abreu; representaciones eclesiásticas de la Marina, Excmo. Diputación Provincial, Ayuntamiento, Guardia Civil, Carabineros, Secretario Local del Movimiento camarada Mora Martínez, Delegados de Servicios de Faltas de España, Tráficista y de las FORTS, la Junta directiva en pleno de la Hermandad y otras significadas personas.

Cerraba marcha la Banda de Música del Frente de Juventudes que durante el trayecto interpretó escogidas composiciones.

Detrás del paso iba el R P Vergara y señoras y señoritas devotas de la Santísima Virgen.

El desfile de la Cofradía fué presenciado por millares de personas cantando se durante el itinerario que resultó brillantísimo, principalmente por las calles Olivo Sotelo y Concepción, muchísimas saetas.

La procesión se reintegró al templo después de la una de la madrugada con igual lucimiento que a la salida.

Romance del Jueves Santo

¡Jueves Santo! ¡Pesadumbre...!
Tarde morada en silencio
y un aión de campanarios
de alzar sus gritos al viento...
Hay flámigeros atárces;
labios que desgranran rezos.
Tin eblas... temblor de tierra...
Amarguras... sufrimientos...
Sobre la juncia tendida,
el aire compaña incienso.
Siete puñales reflejan
luz de dolor y tormento.
Entre el calor de la tarde
avanzan los Cristos veros
con goles de eternidad
de amor y sangre cubiertos...

¡Ay, las esquinas colmadas...
de cal de llanto y silencio...!
¡Ay que gemir de tambores
en penitentes nazarenos!

Dolor tremante que pinta,
la agonía en el madero.
¡Siete palabras que ahogan
la voz aguda del viento!
Guapas vírgenes morenas
con alma de terciopelo,
van en éxtasis de penas
el Calvario recorriendo.

Hay plazas con citas mudas;
calles que portan el sueño
de púscas madrugada
que hilvanan lunas y rezos...
Y un clarín hierre la brisa
entré el morado cortejo,
y una copla se arrodilla
bordada de triste acento.
¡Jueves Santo! ¡Pesadumbre!
Nardos que besan el suelo,
y la noche presentida
con signos de abatimiento...

¡Hay tambores, redoblada
con vuestro son místico!
¡Montad guardia de azucenas
viejas fuentes de senderos!

Que pasa el Cristo colante,
con ambos brazos al viento
sobre los hombros desnudos
del crepúsculo moreno...

PRAGMACIO SALGADO



Jueves Santo

Por Fray Justo Pérez de Urbel

Los misterios que este día celebramos hacen gaitar de la pluma de San Juan Evangelista estas profundas palabras: "Habéncome amado a los suyos, los amo hasta el fin" Son la entrada en el Cenáculo, la cena del cordero pascual, el lavatorio de los pies, la institución de la Eucaristía y del sacerdocio cristiano, el discurso de despedida, la oración sacerdotal, las angustias de Gethsemani, la traición de Judas y la prisión de Jesús. Todo se ha dicho ya acerca de cada uno de estos pasos, con que empieza el drama de nuestra redención. Mil veces los han reproducido los pintores, los doctores de la Iglesia, han ponderado su eficacia salvadora, y todos los Santos y los héroes de la fe han encontrado en ellos fuente de consuelo, motivo de energía, y ardor indefinidos de renovación y de vida. Y siempre será así. Mientras haya un cristiano en la tierra, este día será recordado y bendecido, y aguardado con lágrimas y santificado con oraciones y arrepentimientos, y creyendo con promesas de amor y palabras de gratitud.

Es, ante todo, el día de la acción de gracias, de la Eucaristía. ¡Con qué ansia le había esperado el Salvador! Un año antes, cuando caminaba todavía por las riberas del lago de Genesareth, había insinuado la gran revelación: "Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo; si alguno come de este pan vivirá eternamente. El pan que yo he de dar es mi carne, por la vida del mundo". Y he aquí que ha llegado el momento del prodigio. Las sombras del atardecer envuelven ya los pináculos de Sión. Jesús entra en aquel salón amplio y hermoso que le presta un amigo para aquella noche y que va a ser el primer templo cristiano. Todo está preparado: pajas, sienes, alfombras, crateras, líquidos y frutas. En una mesa, el cordero pascual y junto a él las hierbas amargas prescritas por el ritual. Y entre el crepitar de los cirios y la expectación temblorosa de los doce saltan las palabras del Maestro: "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, porque es el go que ya no comeré ninguna otra hasta que la vea cumplida en el Reino de Dios". Sus labios temblaban de amor, y sus ojos tenían a la vez reflejos de júbilo y de tristeza. Melancolía de la despedida y seguridad del triunfo definitivo del amor.

Pues bien, en aquella hora solemne, Jesucristo tomó el pan, lo partió, lo bendijo y con voz trágica de piedad pronunció las palabras de la esperanza sublime, las que traían para siempre a este mundo de tristezas, el banquete inefable del paraíso: "Tomad y comed;

Jesús Crucificado

(Diego de Velázquez)

este es mi cuerpo que es dado por vosotros". La voz se le quebraba de amor y de pena; y era la voz que resucitaba a los muertos, que encadenaba las tormentas, que caía sobre los campos y sobre los corazones como una gracia. Y comieron pan y bebieron aquel pan y aquel vino, que la palabra omnipotente había transformado en la carne y en la sangre del Señor. A la maravilla siguió el mandato de reproducirla perpetuamente: "Haced esto en memoria mía". La fracción del pan en la mesa común será la señal de la nueva hermandad de los creyentes y al mismo tiempo el principio de su perenne vitalidad y la prueba de su persistencia infalible hasta el fin de los siglos. Ese pan vivo, ese pan que comido siempre, no disminuye nunca, saciará el hambre de los hombres hasta que puedan mirar cara a cara al Padre, y en esa mirada hallen la satisfacción de todos sus deseos. Recordando vivo, realidad palpitante, presencia soberana de Cristo trabajando, caminando y conversando con nosotros, él hace brotar del fondo de nuestro ser aquel grito que desafía todas las potencias de la corrupción y de la muerte: "No moriré, sino que he de vivir". Todo desaliento queda vencido, todo pesimismo aniquilado. En medio de todas las tormentas, acosados y agorrotados por los enemigos, podremos siempre decir con pleno confianza: "Dios está con nosotros". La gran idea teológica del Cristianismo, certidumbre triunfante en virtud del misterio de aquella noche del Jueves Santo, es el Dios-Hombre perpetuando su vida en medio de la Humanidad.

Por eso al llegar este día parece como si nos olvidásemos de las ansiedades de la Pasión, para pensar casi exclusivamente en aquella escena del Cenáculo, donde cada uno de nosotros tenía su asiento. Es el día de la gran comemoración, la misa evocadora, la que nos recuerda, con más viveza que ninguna otra el primer milagro eucarístico. La alegría lucha en nuestros corazones con la tristeza y se sobrepone. El altar está adornado, el sacerdote aparece revestido de blanco, el órgano extiende sus acordes a través de las bóvedas, resuenan alegres las palabras del himno angélico y a ellas se juntan las lenguas metálicas de las campanas, que luego enmudecerán hasta el Sábado Santo. Y este júbilo contenido y recogido continuará todo el día en la visita a los monumentos, rodeados de flores, de luces, de sedas, de metales preciosos. Es la emoción de la gratitud, el canto por la victoria de la vida al borde mismo de la muerte.

La
las pr
cristo
das y
en el
taba
Los
aume
en El
otros
y cua
nes l
perdi
to lo
todo.
Por
el tor
de ger
bres y
y min
en el
sus c
alma
azote
sin er
se qu
sed.
Por
guard
pié d
Ter
No
a sus
sabia
El qu
su se
que t
cump
ra qu
tamb
Ter
All
un v
y agu
usaba
y, lev
empa
nagre
la cla
Ape
nagre
Cor
do es
do co
hacia
ojos p
palab
Pac
comi
El c
frente
últim
na tra
la su
en la
Jesús
dijo:
Ver
Dios
AT
Almon
pr
Vázque